

Reportaje

 Investigación y Redacción
 Diario Longino

Chile enfrenta un escenario económico que podría golpear con fuerza el presupuesto de millones de hogares. El alza sostenida de los combustibles, sumada al encarecimiento de fertilizantes, transporte, energía y cadenas logísticas, abrió una señal de alerta sobre una nueva escalada en el costo de la vida, con efectos que podrían sentirse en alimentos básicos, servicios y producción agrícola. En medio de este panorama, una proyección inquietante comienza a instalarse con fuerza: para una familia chilena promedio, vivir podría llegar a costar hasta un 40% más.

La advertencia no nace del aire ni de una especulación sin base. Se sostiene en una cadena de hechos económicos que ya comenzó a moverse. Chile, a diferencia de otras naciones que optaron por amortiguar el impacto internacional de la crisis energética con subsidios o mecanismos de contención, decidió traspasar buena parte del mayor precio del petróleo directamente al consumidor. Esa definición ya se refleja en incrementos de gran magnitud en combustibles estratégicos: las bencinas habrían subido en torno a un 30%, mientras que el diésel, pieza clave para el transporte de carga, la agricultura y la industria, habría escalado hasta un 60%.

La consecuencia inmediata de esa decisión no tarda en aparecer. Cuando sube el combustible en un país largo, angosto y altamente dependiente del transporte terrestre como Chile, el encarecimiento deja de ser un fenómeno aislado y se transforma en una onda expansiva. El petróleo no solo mueve vehículos: mueve alimentos, maquinaria, barcos, camiones, aviones, tractores, sistemas de refrigeración y, en la práctica, casi toda la estructura productiva del país. Por eso, cuando el costo energético sube de forma abrupta, el golpe se traslada a cada eslabón de la economía y termina aterrizando en la mesa de las familias.

Los primeros sectores en sentir este impacto serían la agricultura, el transporte aéreo, terrestre y marítimo, así como la industria alimentaria. No existe plena certeza sobre la velocidad con que se

El costo de la vida amenaza con dispararse en Chile: combustibles, pan, verduras y transporte empujan una nueva ola de alzas

El encarecimiento del petróleo, los fertilizantes, los fletes y la energía anticipa una fuerte presión sobre el bolsillo de las familias chilenas, en un escenario donde algunos rubros ya internalizan aumentos de hasta 40%.

aplicarán estas alzas, si ocurrirán de manera inmediata o gradual, pero sí hay una convicción instalada: van a subir. Esa es la lógica que hoy domina el análisis económico, porque los costos de producción ya comenzaron a encarecerse y ningún mercado puede absorber indefinidamente una presión de este tamaño sin trasladarla al precio final. Uno de los ejemplos más visibles y sensibles es el pan. En Chile, el pan no solo es un alimento básico, sino un símbolo del consumo cotidiano y una referencia concreta del costo de la vida. Su precio promedio ya comenzó a subir y se proyecta que el kilo pueda ubicarse entre los 2.000 y los 2.500 pesos. Se trata de una cifra que, para muchos hogares, no es menor. Basta pensar en una familia numerosa o en sectores donde el pan sigue siendo un componente esencial del desayuno, la once o la colación diaria, para entender que una variación de este tipo no es un dato estadístico: es un golpe directo al presupuesto doméstico. Pero el problema no termina ahí. En el mundo agrícola,

los costos ya están mostrando aumentos violentos. El arriendo de maquinaria pesada, indispensable para preparar la tierra y ejecutar labores de siembra o cosecha, ya habría internalizado los nuevos precios y aumentó un 40% en apenas un par de días. Eso significa que producir hoy es considerablemente más caro que hace solo una semana. Y cuando producir cuesta más, vender barato se vuelve imposible. La agricultura, que depende intensamente del uso de combustible, fertilizantes, riego, traslado y almacenamiento, es uno de los rubros más expuestos a esta tormenta de costos. A ello se suma el disparo del precio de la urea, fertilizante esencial para mejorar los rendimientos de los cultivos. Hoy su valor se acerca al doble en comparación con periodos recientes, y el problema tiene una raíz internacional compleja: la zona del Golfo Pérsico concentra entre el 30% y el 40% de la producción de este insumo. Si ese mercado se tensiona, los efectos se propagan rápidamente al resto del mundo. Para Chile, que depende de importaciones

y de una estructura agrícola sensible a los costos externos, el impacto es inevitable. La urea no es un producto técnico distante de la vida cotidiana. Es una pieza clave para el crecimiento de frutas, verduras, cereales y cultivos en general. Sin ella, los rendimientos bajan. Y si su precio se dispara, entonces sembrar, cuidar y cosechar se vuelve mucho más caro. El resultado final se observa después en la feria, en la verdulería del barrio o en el supermercado. Una lechuga, un tomate, una cebolla o una papa comienzan a costar más no solo por la cosecha en sí, sino por todo el sistema que las hace llegar al consumidor. Por eso no resulta exagerado que en el mercado ya circulen advertencias sobre hortalizas que podrían encarecerse en hasta un 50%. En invierno, por ejemplo, muchos productos hortícolas que se consumen en el centro y sur del país provienen desde zonas más cálidas, como Arica. Eso implica recorrer cientos o miles de kilómetros en camiones refrigerados, con combustible caro, peajes, logística, mantención y una

cadena de frío que también consume energía. Cada peso adicional en ese recorrido se suma al valor final del producto. Así, un tomate deja de ser solo un alimento y pasa a ser el resultado de una estructura de costos cada vez más difícil de sostener. La urea, además, tiene otra dimensión menos visible, pero igual de relevante: también se utiliza en vehículos diésel como aditivo automotriz para reducir emisiones contaminantes. En camiones y maquinaria pesada, este componente es parte del funcionamiento normal de los sistemas modernos. Si también sube de precio, el impacto no solo afecta a la agricultura por el lado del fertilizante, sino también por el lado del transporte y la operación de equipos. Es decir, el mismo insumo golpea por dos vías distintas, profundizando la presión sobre toda la cadena productiva. En paralelo, aparece otro factor que agrava la situación: la energía eléctrica. Cuando suben los costos de la luz, especialmente en horarios punta, numerosos productores optan por usar generadores

para sostener sus operaciones. En agricultura, frigoríficos, almacenamiento de carne, fruta y alimentos procesados, esta es una práctica frecuente. Se apaga la red y se enciende el generador, pero el generador funciona con petróleo. En consecuencia, el costo de enfrentar una tarifa eléctrica más alta es, otra vez, depender de un combustible más caro. Se trata de una trampa económica que multiplica los costos en lugar de reducirlos. El impacto de esta dinámica se extiende mucho más allá del campo. La industria vitivinícola, por ejemplo, necesita mantener temperatura controlada para preservar la calidad del vino. Lo mismo ocurre con plantas de alimentos, bodegas, frigoríficos y empresas de distribución. En todos estos sectores, el encarecimiento energético se traduce en una presión financiera adicional que, tarde o temprano, se refleja en el precio que paga el consumidor. No hay margen real para pensar que una cadena de producción intensiva en energía y transporte podrá mantenerse estable si todos

Reportaje

sus insumos clave están subiendo a la vez.

Los fletes, en consecuencia, se transforman en uno de los grandes detonantes del nuevo ciclo inflacionario. Chile depende profundamente de ellos por su geografía. Un país con más de 4 mil kilómetros de largo necesita mover mercadería a grandes distancias todos los días. Desde el norte minero y agrícola hasta el centro industrial y el sur forestal y salmoneo, la logística es un componente estructural. Por eso, cualquier ajuste en el transporte no solo afecta a un rubro específico, sino a todo el sistema de abastecimiento nacional.

En este cuadro, los sectores más expuestos son precisamente aquellos que tienen un efecto inmediato en la vida diaria: alimentos, combustibles, transporte público y privado, distribución de insumos, producción agrícola y comercio minorista. El problema de fondo es que el impacto no será parejo. Como en otras crisis, el mayor costo de la vida golpeará con más dureza a las familias de menores ingresos, que destinan una proporción mucho más alta de su presupuesto a comida, locomoción y servicios básicos. Mientras un hogar de ingresos altos puede ajustar consumo o postergar ciertas compras, para los sectores más vulnerables cada alza se convierte en una renuncia concreta: menos alimentos, menos ahorro, menos movilidad o más endeudamiento.

La dimensión social de este fenómeno no puede ser subestimada. Cuando sube el pan, suben también las colaciones escolares, los gastos de almacén y la presión sobre el bolsillo de quienes compran a diario. Cuando suben las verduras, se encarece la alimentación saludable y se empuja a muchas familias hacia productos más baratos, pero menos nutritivos. Cuando sube el transporte, no solo aumentan los fletes de mercadería, sino también los traslados laborales, los costos de operación de pequeños emprendedores y el precio de múltiples servicios asociados.

En los barrios, en las ferias y en los mercados mayoristas, esta preocupación ya comenzó a sentirse. El consumidor chileno arrastra años de presión inflacionaria, ajustes tarifarios y pérdida de poder adquisitivo. En ese contexto, una nueva ola de alzas no sería solo un episodio económico, sino un factor de desgaste social profundo. El temor no es únicamente que ciertos productos suban, sino que se instale una sensación de inestabilidad permanente, donde cada semana trae un nuevo incremento y ninguna familia sabe con certeza cuánto costará llenar el carro del supermercado en el corto plazo.

También emerge un debate político inevitable. La decisión de traspasar el aumento del petróleo directamente

al consumidor reabre la discusión sobre el rol del Estado frente a crisis internacionales que afectan la economía interna. Mientras algunos países buscaron fórmulas para amortiguar parcialmente el golpe, en Chile la señal fue distinta: dejar que el mercado internalice el mayor costo en el precio final. Sus defensores sostendrán que ello evita distorsiones fiscales y subsidios difíciles de sostener. Sus críticos advertirán que esa decisión deja a la ciudadanía expuesta sin redes de protección suficientes frente a un shock que no provoco.

Lo cierto es que el país entra en una zona de alta sensibilidad económica. Cada dato sobre combustibles, fertilizantes, energía o logística empieza a ser una variable crítica. Cada aumento, incluso si parece acotado, se suma a otro y termina construyendo un escenario de deterioro acumulativo. Así opera la inflación en la vida real: no a través de una sola gran explosión, sino mediante una suma de alzas encadenadas que van vaciando lentamente el poder de compra de los hogares. Hablar hoy de cifras exactas puede resultar prematuro, pero ignorar la magnitud del riesgo sería una irresponsabilidad. Ya existen hechos concretos: combustibles al alza, fertilizantes casi al doble, maquinaria agrícola encarecida, presión sobre la electricidad, dependencia de generadores a petróleo y un sistema logístico que inevitablemente ajustará tarifas. Todo eso empuja en la misma dirección. La pregunta ya no es si habrá impacto, sino cuán profundo será y quiénes terminarán

pagándolo con mayor dureza.

Por ahora, la advertencia es clara. Si esta cadena de costos sigue tensionándose, Chile podría enfrentar una escalada del costo de la vida de proporciones mayores, con efectos visibles en alimentos, transporte, producción y consumo diario. Y si la proyección de un aumento cercano al 40% en el costo de vida de una familia tipo termina materializándose, no se tratará solo de un problema económico. Será, sobre todo, una señal de alarma social que pondrá a prueba la capacidad de respuesta del Estado, del mercado y de una ciudadanía que ya viene soportando demasiadas presiones sobre su bolsillo.

